

historia, sacados de los autores originales, ó de lo íntimo del corazón humano, de donde nacen aquellos afectos que distinguen á los hombres, y que quando se representan naturalmente y á su verdadera luz, suministran las diferencias precisas que forman cada caracter particular.

Aunque el título de mi obra presenta sencillamente la *Historia de la vida de Ciceron*, se puede decir que es la historia de su siglo; pues desde el primer empleo que obtuvo, no sucedió en la República cosa en que no tuviese parte principal: por lo que, á fin de poner claridad y orden, y unir las partes de mi narracion, ha sido preciso tomar las cosas de Roma desde el tiempo de su niñez, y representar, aunque en compendio, la historia de aquellos sesenta años, que tanto por la importancia de los sucesos, como por la dignidad de los actores, sin duda alguna es la parte mas ilustre de la historia Romana.

En la execucion de este proyecto he seguido con la posible fidelidad el plan que el mismo Ciceron nos dexó por modelo de una

historia perfecta, dando por reglas fundamentales „que el historiador por ningun „ caso debe asegurar lo que es falso, ni su- „ primir la verdad: no esté poseido del fa- „ vor ni del odio: en el exponer los hechos „ observe el orden de los tiempos: algunas „ veces describa los sitios y lugares: exponga „ primero los proyectos ántes de pasar á las „ acciones, y luego las consecuencias. Quan- „ do exponga los proyectos, declare su juicio „ con libertad: en las acciones no omita cir- „ cunstancia alguna principal; y de los su- „ cesos diga si fuéron efectos de la fortuna, „ de la temeridad, ó de la sabiduría y pru- „ dencia. Haga el retrato mas parecido que „ pueda ser de los caracteres de los hombres „ ilustres: y finalmente, use un language „ suelto, suave y fluido, sin adornos extra- „ ños, y poniendo su principal conato en „ hacerse entender.” Estas son las reglas que Ciceron se propuso quando pensó escribir una historia general de Roma, como contaré mas por menor en su propio lugar.

Ademas de deber á Ciceron el método

de mi obra, le debo la materia de ella; porque sus escritos son el monumento mas auténtico de su edad, siendo dictados por quien era, no solo testigo ocular de los sucesos, sinó uno de los principales actores. No hay obra alguna suya que no contenga circunstancias de su propia historia, ó de la República; pero principalmente sus *Cartas familiares*, y aun mas las que escribió á Atico, se pueden llamar verdaderas memorias de su tiempo; pues comprehenden todas las circunstancias de los hechos mas considerables, y los motivos y medios con que se executáron: de modo que Cornelio Népote, escritor elegante de aquel mismo siglo, que conocia lo que valian aquellas cartas, dice, que con ellas no queda que desear para tener la historia completa de aquel tiempo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sexdecim volumina epistolarum, ab Consulatu ejus, usque ad extremum tempus ad Atticum missarum: quæ qui legat, non multum desideret historiam contextam illorum temporum. Sic enim omnia de studiis principum, vitiis ducum, mutationibus Reipublicæ perscripta sunt, ut nihil in iis non appareat... *Cornel. Nepot. vit. Attic. 16.*

Con estas ideas empecé por leer atentamente las obras de Ciceron, para sacar de ellas todos los pasages que tuviesen relacion con mi asunto. El afan de recoger infinito número de especies dispersas en tantos volúmenes: el trabajo de aplicarlas á su lugar, y ponerlas en orden: el miedo de pasar algunas por alto á las primeras lecturas; y por consiguiente el fastidio de repasar las mismas obras muchas veces, por el recelo de omitir algo esencial (cosas todas inevitables en un asunto tan vasto) me han desengañado, y hecho salir de la maravilla que me causaba el que nadie hubiese escrito esta historia, ó á lo ménos intentádola con la extension y forma que yo me la proponia.

He empleado mis materiales haciendo entrar la mayor parte de ellos en el cuerpo del discurso; porque estoy persuadido á que nada puede dar mayor peso ni lustre á una cosa como ponerla en boca de Ciceron, y expresarla con sus propios términos: executándolo de modo y con advertencia de que no parezcan retazos cosidos á mi vestido; sinó

partes de la propia tela. Con esta mira, en ocasiones oportunas he ingerido varias cartas, y algunos extractos de sus oraciones; porque sirven para aclarar los hechos, costumbres ó caracteres descritos en la historia; ó por parecerme su contexto curioso ó agradable. Si alguno imaginare que el haberme servido de expresiones ajenas ha sido por pereza, ó por ahorro de trabajo, se engañará infinito; pues puedo asegurar con verdad, que esta parte de mi fatiga es la que me ha costado mas sudor. No me lo negarán los que hayan experimentado las dificultades de traducir bien algunos autores Griegos ó Latinos, sabiendo que lo mas arduo no es interpretar el verdadero sentido, sinó expresarle de suerte que corresponda al caracter de la lengua original, y hacer que hablen aquellos autores al modo que se supone hablarían hoy si viviesen. Para sostener el crédito de un buen escritor es necesario conservarle el mismo esplendor en el estilo que en los pensamientos. Por esta causa, quando represento á Ciceron como el mas eloquente

de los Oradores antiguos, siempre natural, copioso y suave en sus expresiones, sería ridículo ofrecer exemplos tomados de sus obras, poniéndolos en language duro y forzado, que ofendiese los oidos de los lectores que tienen delicadeza en ellos. Este, sin embargo, es el defecto general de nuestras traducciones modernas, en las cuales se hace que los mas bellos ingenios de la antigüedad hablen con estilo que un hombre de buen gusto no emplearia en obra original. Las traducciones muy literales pecan siempre contra la elegancia; porque el exceso de fidelidad destruye necesariamente la belleza de la expresion <sup>1</sup>; y siendo muy libres, separándose demasiado de la frase del texto, hay el riesgo de apartarse tambien del sentido, y de mezclar el que traduce sus ideas con las del autor. Otras veces sucede que un traductor de ingenio limitado no se atreve á mas que seguir fielmente su original, y temeroso de apartarse de él, le copia palabra

<sup>1</sup> Nec tamen exprimi ver- ut interpretes indiserti so-  
bum e vervo necesse erit, lent. *Cicer. de Finib.* 3. 4.

por palabra; y por opuesto camino, el que se juzga de talento elevado, creyéndose superior al oficio de traducir, con esta vanidad pretende mejorar su autor. Yo, pues, he procurado contenerme en medio de estos dos extremos, aplicando mi atención, lo primero á conservar la fuerza entera de los pensamientos; y luego á buscar las palabras mas propias, disponiéndolas del modo mas fácil y natural. He procurado tambien variar mi estilo segun la diversidad de las materias: y así espero que los diversos fragmentos de Ciceron que he traducido ó extractado serán, no solamente la parte de mayor brillo en mi obra, sinó la mas útil é instructiva; y el que la lea tendrá el gusto de familiarizarse con un escritor que, segun la expresión de Erasmo, tiene la virtud de que qualquier que le toma en la mano siente mejorar y tranquilizar su espíritu <sup>r</sup>.

Despues de haber exâminado menudamente todas las obras de Ciceron, he recor-

<sup>r</sup> Quis autem sumpsit hujus libros in manum, quin surrexerit animo sedatiore?  
Erasm. ep. ad Jo. Ulatten.

rido quanto los autores antiguos, así Griegos como Latinos, escribiéron de las cosas de aquella edad; sirviéndome esto para llenar los intervalos de la historia general, y explicar muchos pasos que quedan diminutos ó truncados en los escritos de Ciceron; y asimismo para adornar los hechos con algunas circunstancias que tienen relacion con él, ó con algunos de los principales actores de quienes me propongo diseñar el caracter.

Los Griegos que historiáron las cosas de aquel siglo, como Plutarco, Apiano y Dion, son de mucha utilidad, y les debemos la obligacion de habernos conservado gran número de hechos que sin ellos se habrian perdido, ó sabriamos muy dudosa é imperfectamente; pero se deben leer con mucha precaucion, porque la ignorancia de la lengua y de las costumbres Romanas los exponia á mil errores, ademas de las preocupaciones propias de su nacion. Plutarco vivió desde el tiempo de Claudio hasta el de Adriano, en que murió de edad muy avanzada, siendo Sacerdote de Apolo: y aunque en diversas

veces pasó cerca de quarenta años en Roma, nunca supo la lengua Latina con la perfeccion que era menester para escribir de historia Romana. Aunque la hubiera sabido, y hubiese tenido todo el talento necesario para ser perfecto historiador, el empeño en que se metió de escribir las vidas de todos los hombres célebres de Italia y Grecia era muy superior á las fuerzas de un solo escritor, por grande instruccion y habilidad que se le suponga; y particularmente á las de un hombre como él, que por su propia confesion sabemos tenia muchos negocios públicos, que se ocupaba en dar lecciones de filosofía á muchos Señores Romanos, y que jamas tuvo tiempo para aprender la lengua Latina con mas principios que los del uso y experiencia de las cosas de la vida<sup>1</sup>: por lo que no es de maravillar que sus obras estén llenas de imperfecciones, y que sean superficiales; pues en la sustancia y en el fondo no son mas que extractos y compilaciones de agenos escritos.

<sup>1</sup> *Plut. vida de Demost. y vida de Plut. por Rualdo.*

Hallará comprobada esta verdad qualquier que se tome el trabajo de exâminar, por exemplo, la vida que escribió de Ciceron; pues hallará en ella, no solamente los errores de los historiadores que le precedieron, sinó otros muchos propios suyos: y en general verá que es una obra hecha muy de prisa, y con infinita negligencia. Pasa muy de ligero sobre las mayores acciones de su héroe: se detiene muy despacio en algunos dichos agudos, en las palabras, y aun en los sueños: y en la última escena de su vida, que ciertamente fué la mas gloriosa, quando el destino de Roma y el timon del gobierno y consejo no tenian otro refugio, Plutarco es diminuto y superficial. No busca las ocasiones de poner á la vista y hacer brillar el caracter de Ciceron, ni de ilustrar las partes mas curiosas de su historia que los demas escritores habian dexado intactas, aunque para ello tenia á la mano sus Cartas y sus Filípicas; de manera que parece no las conocia, ó no sabia servirse de ellas.

Apiano floreció en tiempo del Empera-

dor Adriano, y vino á Roma poco despues de la muerte de Plutarco <sup>1</sup>, en tiempo que sus obras andaban en manos de todos; y se aprovechó tanto de ellas, que las copió en todos los pasages mas considerables de su historia.

Dion Casio, que vivió un poco mas tarde, desde el fin de los Antoninos, hasta Alexandro Severo, tiene los defectos mismos que sus predecesores, y ademas se advierte en él un odio tan particular contra Ciceron, que no pierde ocasion de tratarle del modo mas indigno. La causa mas natural para esta conducta parece fué la envidia contra un hombre que con su eloqüencia y su gran mérito habia eclipsado la gloria de la Grecia, y que exponiendo á los Romanos todas las partes de la filosofía en su lengua propia, habia inutilizado la instruccion que los Griegos tenian como estancada en Roma. Puede añadirse á esta razon otra no ménos probable, y es la diversidad de caracter y principios de este escritor, enteramente opuestos

<sup>1</sup> *Appian. de bell. civil. l. 2.*

á los de Ciceron. Dion vivia baxo el mas despótico de todos los gobiernos: el Emperador le habia hecho su fortuna; por lo que reconocido al despotismo que le habia ensalzado, se creyó en obligacion de usar la calumnia para deprimir á un hombre famoso por su amor á la patria, á suprimir ó desacreditar, en lo que estaba de su parte, unos escritos que solo respiran libertad, y á perseguir la fama de un Orador que en su tiempo dió tanto esplendor y gloria al nombre Romano. Por estos motivos Dion da siempre la preferencia al gobierno absoluto sobre el democrático, que fué el que hizo triunfar á la antigua Roma <sup>1</sup>: y su ira contra Ciceron se exálta tanto, que cae en los mayores excesos, y se enagena de modo que se desacredita. En la relacion de las controversias con Marco Antonio pone en boca de Fusio Caleno una arenga contra Ciceron la mas rústica y grosera que pueda inventar la pasion mas desarreglada, como si fuese posible persuadir que semejante cosa se hubiese

<sup>1</sup> *Dion. lib. 44.*

podido pronunciar en el Senado en tiempo que Ciceron gozaba la reputacion mas alta, y quando nadie le intentó insultar, que no se arrepintiese bien pronto. Por la historia de aquellos debates, y por lo poco que nos ha quedado de los discursos de Ciceron, sabemos, que no obstante el calor de una disputa tan seria, las expresiones entre Ciceron y Caleno fuéron las mas moderadas y decentes, y que oponiéndose á él con su libertad ordinaria, lo hacia siempre con buen modo y cortesía, y nunca con ira ni rencor <sup>1</sup>.

Para que se conozca mejor el caracter y fe que merece Dion, y la justicia de su censura, será bien referir algunos pasages

<sup>1</sup> Nam quod me tecum odio omnia; nihil sine dolore. *Ibid.* 6. Quapropter ut invitus sæpe dissensi a Q. Fusio, ita sum libenter assensus ejus sententiæ: ex quo judicare debetis, me non cum homine solere, sed cum causa desiderere. Itaque non assentior solum, sed etiam gratias ago Q. Fusio..... *Philip.* 11. 6.

<sup>1</sup> Nam quod me tecum iracundè agere dixisti sole-re, non est ita: vehementer me agere fateor; iracundè nego: omnino irasci amicis non temerè soleo, ne si merentur quidem. Itaque sine verborum contumelia a te dissentire possum; sine animi summo dolore non possum. *Philip.* 8. 5. Satis multa cum Fusio, ac sine

suyos. Pretende, que el padre de Ciceron fué un lavandero de ropas de lana; y al mismo tiempo confiesa que se exercitaba en beneficiar sus olivares y viñas. Dice que Ciceron nació en la desnudez y trapajos, y se crió recogiendo boñigas y basura. Niega que fuese excelente en ninguna cosa, ni que en toda su vida hiciese nada digno de un hombre grande, ni de un Orador. Le acusa de haber prostituido á su muger, de haber educado á su hijo en la embriaguez, de haber tenido comercio incestuoso con su hija, y de haber cometido adulterio con Cerelia; confesando, no obstante, que esta era entónces muger de setenta años <sup>1</sup>. Tan visibles imposturas, y otras mil infamias que achaca á Ciceron, merecen la misma fe que la fábula que nos cuenta de haber tenido una revelacion en que los Dioses le ordenaban escribiese historia, contra su inclinacion á hacerlo <sup>2</sup>.

De los extractos, pues, de Ciceron, y demas autores antiguos, he formado el plan principal de mi obra; sin omitir lo que otros

<sup>1</sup> *Dion. lib.* 46.

<sup>2</sup> *Ibid. lib.* 73.

escritores modernos han dicho tratando el mismo asunto en todo ó en parte; pero con la debida cautela, para no adquirir preocupaciones, que habrian podido impedirme el distinguir la verdad en sus fuentes originales. La composicion de la historia se debe hacer como la relacion de un viage: esto es, que en vez de copiar lo que han escrito los viajeros precedentes, es necesario ver por sí las cosas, exâminar los sitios y los hechos con atencion, hacer sus propias observaciones, y publicarlas sin temor, y sin pararse en lo que dixéron otros; pues aunque sea una misma la empresa, y haya el riesgo de repetir mucho de lo que ya está escrito, los hombres de verdadero talento hallan siempre modo de decir cosas nuevas, y de presentar sus obras con el caracter de originales. Yo he procurado imitarlos, y creo haberlo en parte conseguido. La lectura de una infinidad de libros que de propósito, ó por incidente tratan el mismo asunto, y en especial aquellos que se intitulan *Vidas de Ciceron*, me quitó la curiosidad de leer otros

semejantes, por no haber encontrado en ellos sinó elogios vagos del héroe, y fragmentos mal digeridos de algunas de sus acciones.

Debo no obstante exceptuar dos libros que me han sido muy útiles, el uno intitulado *Sebastiani Corradi Quæstura*; y el otro la *Historia de M. T. Ciceron* por Francisco Fabricio. Fué Corrado un docto crítico Italiano, que empleó mucha parte de su vida en explicar las obras de Ciceron; pero su escrito es mas una apología que una historia, habiéndose propuesto purgar la memoria de Ciceron de todas las manchas que sus émulos, y especialmente Dion, le han achacado. Su obra, que muestra mucho talento y doctrina, es en Latin y en bellissimo estilo; pero en forma de diálogo un poco violento, porque se introduce hablando un Quæstor, que se llama *Moneda legitima*, el qual presenta varios testimonios sacados de las obras de Ciceron, para oponerlos á la *Moneda falsa* de los historiadores Griegos. Este método no puede gustar, ni es tolerable; pero no por eso dexa de haber en la obra observacio-



nes muy fundadas, á reserva de algunos pasos en que el zelo por el honor de Ciceron ciega á Corrado, y le hace sentar por principios de defensa cosas que el mismo defendido no aprobaria ciertamente.

La obra de Fabricio se ha impreso al frente de varias ediciones de Ciceron, y es un compendio muy seco de sus acciones y escritos; pero dispuesto con mucho método y puntualidad año por año de la fundacion de Roma y vida de Ciceron: de manera que parece no haberse propuesto otro objeto que el de la cronología. No obstante eso, como en esta obra se halla particular exâctitud, me ha excusado el afan que me habria costado el poner cada uno de los hechos en el lugar que le tocaba; para lo qual he consultado tambien los *Anales de Pighio*.

Los Franceses poseen algunas obras bien escritas y dignas de atencion, como la *Historia de los dos Triumviratos*, las *Revoluciones Romanas*, y el *Destierro de Ciceron*. Estos tres libros útiles é ingeniosos contienen una exposicion fiel de las cosas Romanas;

pero como sus autores bebiéron en las mismas fuentes que yo, el único fruto que he sacado de su lectura es la obligacion en que me han puesto de reveer con nueva atencion diversos pasos en que yo no estoy de acuerdo con ellos, y la ocasion que me han dado de añadir tal qual circunstancia que habia omitido, ó que habia tocado demasiado ligeramente. El autor del *Destierro de Ciceron* es quien trató su asunto con mas inteligencia y exâctitud, pues confirma siempre su narracion con testimonios de escritores antiguos: cuyo método, descubriendo los fundamentos del edificio, es el único que dexa al lector convencido y contento de lo que se dice. Sin esto la historia pasa por novela, ó no adquiere mas confianza que la que merece la idea que se tiene de la integridad y juicio del escritor.

Tenemos en Ingles una obrita con el título de *Observaciones sobre la vida de Ciceron*, que he leído con gusto, sin embargo de no convenir yo con su autor en la idea que forma del héroe; pero en cambio se halla